

FRANCISCO NÚÑEZ IZQUIERDO Y EL COMERCIO SALMANTINO DE FINALES DEL S. XIX

ENRIQUE DE SENA MARCOS

En el mes de septiembre de 1993 Salamanca conmemoraba el primer centenario de la construcción de su plaza de toros. Posiblemente la mejor conmemoración estuvo en la dignificación urbanística del entorno de la Plaza. No sería gratuito decir que fueron necesarios cien años, todo un siglo, para que la municipalidad salmantina prestara atención a la zona urbana en la que la plaza de toros se asienta. Como tampoco es gratuito afirmar categóricamente que en el transcurso de un siglo los salmantinos y en particular sus aficionados taurinos tuvieron que pechar con las incomodidades que proporcionaba la falta de pavimentación, la ausencia de todo cuidado en zona considerada de recreo público y paseo, como es la que rodea a la plaza de toros por su fachada principal; la que mira hacia el Sur. Tierra, piedras, algunos árboles que pudieron salvarse milagrosamente de la acción de los gamberros y la desidia municipal y a luchar contra la incomodidad del polvo que levantaba la más leve brisa o el barro que producía cualquier llovizna primaveral o veraniega.

Fue, pues, una conmemoración singular: poca cosa, muy poco notable ciertamente en lo taurino y un avance importante en la urbanización del sector Norte de la ciudad, al dotar al entorno de la plaza de toros de zona ajardinada con materiales sólidos para el deambular de los paseantes y no digamos, comodidad de los espectadores taurinos que desde 1993 pueden llegar hasta su localidad en la plaza sin sufrir las que fueron tradicionales incomodidades de polvo o barros.

Al margen totalmente de lo taurino, en las páginas que siguen, tratará quien las escribe de dar una visión poco conocida de la vida social salmantina del tiempo que vio surgir la nueva plaza de toros. Y al rescatar del olvido a un sector de la vida activa salmantina, creo que se hará justicia al reconocer no sólo el acierto en construir una plaza de toros que al cumplir un siglo de vida sólo exige cuidados de decoración, sino que con la obra bien hecha, se destaca el mérito de quienes la hicieron posible.

A lo largo de una centuria se ha repetido erróneamente, que el coso de la Glorieta salmantino fue obra de aficionados taurinos, de ganaderos y personas interesadas en el montaje y promoción de la llamada «Fiesta Nacional». Ciertamente hubo ganaderos y aficionados que formaron en lo que se dio en llamar las «doscientas familias»; pero el examen detenido de los nombres de los accionistas reve-

la que el grupo más importante, mayoritario, el que aportó también más capital, fue el de los comerciantes, el gremio del comercio. Cuando se cita el nombre de don Fernando Íscar Juárez, como principal promotor, los comentaristas olvidan que don Fernando, que fuera alcalde de Salamanca el año 1882, era sobre todo comerciante que incluso durante unos años abrió una oficina de banca. Un vallisoletano que en su etapa de alcalde, muy breve, inició la alineación de la Rúa Mayor, entre San Martín y la Casa de las Conchas, llevando a cabo muchas expropiaciones para suprimir entrantes y salientes que en algunos lugares convertían la calle en angosto callejón. Y tuvo también el acierto de «inventar» la «La Alamedilla» como parque público, al iniciar la adquisición de unas tierras que habían servido para almacenar materiales para la construcción de los ferrocarriles.

Su hijo Fernando Íscar Peira, diría en unas páginas en las que evoca a varios salmantinos notables coetáneos de su padre, que don Fernando lucía patillas alfonsinas, que fue *«áspero en gestos y palabras hasta que brotaba entre ellas la honda bondad que buscaba pronta salida, reposado y reflexivo, certero y justo en sus determinaciones»*.

De don Fernando Íscar Juárez hay muy pocos salmantinos que saben que gustó de mantener en su hogar una costumbre muy francesa de los tiempos de La Ilustración. Vivió en la Calle de Toro, entonces el número 41, que hoy situaríamos prácticamente en lo que es la calle del Rector Lucena, calle que nació, que surgió al comienzo de los años 1940 para unir la calle de Toro con la Plaza de los Bandos.

La casa de don Fernando Íscar, estaba situada entre la de los marqueses de Castelar y el «Corralón» de los Duques de Montellano y Fernán Núñez. La casa de Castelar estuvo exactamente donde hoy está la Galería de Arte «Miranda» y el «Corralón» ocupando un buen solar en parte de la actual calle del Rector Lucena y la casa del Banco de Santander.

Allí, en el entonces número 41 de Toro, casa de dos plantas, de noble trazado aunque no estuviera blasonada, tuvo su hogar don Fernando Íscar. Y en un zona interior, con acceso desde un patio-jardín interior, la familia Íscar tenía un pequeño teatro con algo más de una docena de butacas en el patio, cuatro plateas y un pequeño «gallinero». Solamente había otro pequeño teatro familiar en Salamanca, en la Rúa Mayor, en la casa del farmacéutico don Pablo Beltrán de Heredia, que venido de Álava, creó aquí una familia que al igual que la de Íscar gozará muy pronto de generales simpatías. Al teatro de la familia Beltrán de Heredia se accedía también por una puerta accesoria a la calle de Pan y Carbón.

El paso de los años ha hecho olvidar algunas críticas que no careciendo de razón como las que esbozara en un largo artículo Fernando Araújo, profesor, intelectual, historiador también de Salamanca que viene desde Toledo y Madrid a Salamanca el mismo año 1893 de inauguración de la plaza de toros y al alabar la obra que dice rompe la tradición de construir mal, pobremente, puede mover a escándalo, ya que Salamanca como vieja e ilustre ciudad, carece totalmente de servicios públicos cual pavimentaciones, jardines, abastecimiento de agua, alcantarillado; que tiene sus principales calles de trazado Norte-Sur convertidas es albercas, esguebas, regatos

por los que discurre buscando por gravedad el río Tormes el agua de lluvia y el vertido de toda clase de inmundicias que la población hace a la vida pública.

Que la Salamanca que carece de todos los servicios públicos, tenga una plaza de Toros magnífica, moderna y hasta lujosa podría antojarse un sarcasmo.

En efecto, apenas se ha destacado el hecho de que la construcción de la nueva Plaza de Toros rompe la tradición de las viejas plazas que apenas duran unos años porque mal construidas, pronto se desmoronan. Y también apenas se ha señalado el hecho real de que la Plaza tiene su máximo apoyo en los comerciantes que saben muy bien que una amplia, cómoda y bella plaza de toros será el mejor imán que atraiga a Salamanca a gestes de toda la provincia, de las capitales de provincias aledañas y sobre todo de Portugal, el vecino país en el que a finales del siglo XIX existe una numerosa afición taurina. La Plaza de Toros de Salamanca nace como «gancho» como imán para atraer visitantes que a más de satisfacer la pasión por un espectáculo, pueden ayudar a restaurantes y hoteles y al comercio en general.

A lo largo del siglo XIX fue una costumbre o una tradición real que el comercio esperaba con inquietud la llegada de la feria de septiembre. Si la cosecha había sido buena, el gasto de los labradores se disparaba. Si la cosecha no era muy remuneradora, no se podía evitar la compra de artículos, medios y aperos agrícolas siempre necesarios.

Luego la necesidad de tener un buen escenario para las corridas de la feria de septiembre era manifiesta. Es el comercio el que consigue reunir la cantidad necesaria para llevar a cabo el proyecto, al no contar con la ayuda de Ayuntamiento, Diputación, o Gobierno de la Nación, que viven en aquellos años finales del pasado siglo una de las etapas más pobres de nuestra reciente historia.

Timidez, prejuicios mal entendidos, acaso un soterrado nacionalismo han tapado con una tupida manta de silencio una auténtica realidad en la vida salmantina de los años finales del siglo XIX. Reconocer que el impulso creativo, la palanca que habría de transformar la vida local y provincial, nos llega de fuera, se apoya en la voluntad y tesón de hombres llegados de provincias próximas a la nuestra, incluso de lejanas provincias de Levante o de otros países de Europa.

No vale como argumento, porque fue una incidencia nacional, el hecho de que la «nueva hostelería» la practican hombres llegados de lejanas tierra. En hostelería fueron italianos los que «revolucionan» el mercado en Madrid, Barcelona, Valencia, incluso en Sevilla. El «ciudadano Cechini», como se dice en un acta de nuestro Ayuntamiento, pide licencia para abrir un «café» a los cuatro días de la Batalla de los Arapiles (26 de julio de 1812). Imaginemos a los salmantinos preocupados en recoger y sepultar cadáveres, en atender a los heridos. Al mismo tiempo, un italiano se dirige al Ayuntamiento para pedir permiso para abrir un café, el primero que tendrá Salamanca. ¿Es Richoni quien abre el «Café Nuevo» en la Plaza Mayor?. Todavía tengo la duda y sigo moviendo papeles, atando cabos, para dilucidar si fue Richoni quien abrió el «Café Nuevo» de la Plaza Mayor, café de triste historia, porque el 12 de septiembre de 1945, entre 8 y 9 de la noche, se derrum-

ba la casa de la Plaza Mayor en cuya planta baja estaba el café y del hueco que dejan los tres pisos, son retirados varios cadáveres. La noticia la facilita un manuscrito que con el número 681 se conserva en la Biblioteca Universitaria. Fácilmente se colige que éste café es el que cita Madoz en su Diccionario Geográfico.

Pero vayamos a lo que realmente se me pide para esta entrega a «Salamanca: Revista de Estudios». Su coordinador me pide que desarrolle ampliamente una biografía de un comerciante, de un industrial salmantino que tiene vida activa a caballo de los dos siglos. Y hasta me fija un nombre: Francisco Núñez Izquierdo.

No eludo la petición, si bien matizo que estoy metido en la tarea de «historiar», contra mejor dicho, extensamente, la existencia de un periódico «El Adelanto», que fue realmente obra de don Francisco Núñez. De éste salmantino de adopción se perfilarán los más destacados momentos de su biografía pero el acontecimiento local celebrado el pasado año 1993 justifica que en estas páginas se haga cumplida referencia al papel que el comercio salmantino, los comerciantes aquí establecidos, cumple en las últimas décadas del XIX y abre la posibilidad cierta, la realidad evidente, de que Salamanca tenga hoy un comercio de gran categoría al compararlo con la tónica del comercio nacional, el de las grandes poblaciones del país.

Fijemos como punto de partida el año 1868. ¿Por qué motivo?. Es el año de «La Gloriosa», el año de la revolución de septiembre que viene a alterar la vida nacional y pese a que la «citada revolución» no existiera más que en la prensa y los comentarios, produjo en no pocas parcelas del país un cambio importante en la vida económica y social, más que en la política, aparte de las alteraciones y sucesos más o menos violentos que pudieron promocionar al país.

El 28 de septiembre de 1868, batalla de Alcolea, destronamiento de Isabel II, Salamanca posee un comercio muy humilde, pobretón, en muchos casos deleznable. Lo ejercen nativos, gentes de una substrato artesanal que tiene de la función mercantil conocimientos primitivos: cambio, trueques; que ignoran en general que el comercio es motor de civilizaciones, de evolución, mejora. La sociedad distinguida salmantina es muy reducida.- la población de la capital no llega a las 20.000 almas-, la antigua aristocracia ha desaparecido; ricos o empobrecidas casas han trasladado su residencia a Madrid. La burguesía campesina cuenta con la reducida rentabilidad de las tierras de secano y del ingreso que proporciona una reducida ganadería extensiva. Aparte del comercio de alimentación: abacerías, luego «Ultramarinos Finos», «comestibles», están los almacenes de granos, simientes y algunos establecimientos de quincalla, ferretería, paños, tejidos, mercerías que distribuidos en algunos «huecos» de la Plaza Mayor y calles que en ella nacen o se hallan en la vecindad, constituyen el todo comercio local. La Plaza Mayor tiene el piso de tierra y de tierra el piso de los soportales. Las tiendas de la Plaza Mayor son almacenes en los que no entra otra luz que la que se filtra por la puerta de acceso, siempre abierta. Tan solo se distinguen las confiterías y algún bazar en el que, «totum revolutum» lo mismo se pueden comprar muebles y estufas traídas incluso del extranjero, como carburo, alfombras y bisutería.

La ausencia casi total de apellidos salmantinos en el censo de comerciantes que en la ciudad se establecen en el último tercio del siglo, revela que la sociedad salmantina no practica la actividad comercial porque «es ocupación de gentes vulgares y ramplonas». Basta consultar los Padrones Municipales de finales del siglo, para advertir que la casi totalidad de los comerciantes establecidos que hacia 1880 cuentan treinta o cuarenta años de edad, han nacido en otras provincias. Han venido de Zamora, Valladolid, Ávila, Palencia, Burgos, Cáceres, incluso de Levante: Son los Pisot, Cerdá, Ciller...

Sin exagerar la interpretación, podríamos incluso afirmar que a finales del XIX, Salamanca fue una especie de «California» comercial. Ya había comenzado la emigración a América, si bien era reducida. La avalancha de españoles aislados y de familias completas que emigran a Cuba, Argentina, Venezuela se producirá después de la pérdida de las colonias y constituirá una autentica sangría humana de Galicia, Asturias y las provincias fronterizas con Portugal en los primeros años del siglo actual.

Anterior a esa emigración a América, se produce en Salamanca la limitada inmigración de muchísimos jóvenes que han tenido noticia de que la actividad comercial tiene en la ciudad del Tormes ancho futuro. Son mozalbetes que habrán de seguir casi una común aventura. Llegan a trabajar como chico para todo en las pocas tiendas que en la ciudad existen. No muestran exigencias salariales. Solo quieren, de momento, aprender. Su hogar será una colchoneta que estará durante la jornada laboral oculta bajo los mostradores. Allí dormirán y su salario en muchos casos será la comida que les proporciona la mujer del comerciante. Cuando el chico cumple bien, el patrono le da una propina y si su colaboración es eficaz y su simpatía atrae nuevos clientes, tendrá un sueldo, modesto sueldo que tendrá un destino concreto: vestir con cierta distinción.

A Salamanca llegaron en aquellos tiempos y circunstancias bastantes jóvenes que en su mayor parte mostraron inteligencia, ánimo despierto, ingenio y luego audacia. Cuando han rebasado la mayoría de edad y después de servir al Rey o de «redimirse a metálico» (pagar al Estado para no ir a la mili) se independizan. A unos, corto número, son sus patronos los que les ayudan con un préstamo, a los demás son sus propias familias con el capitalito que les aportan los padres con la venta de algunas tierras, etc. el punto de arranque de una actividad comercial que habrá de cambiar la vieja y austera tónica del comercio salmantino. Los bajos de la Plaza Mayor convertidos en comercio ven aparecer los escaparates, las tiendas se iluminan al atardecer, se dota a las tiendas de piso limpio de cerámica, surgen las vitrinas que sustituyen a las informes anaqueladas en las que se apelotona el género.

Varios de aquellos veteranos comerciantes a los que conocí y traté y me admirtieron cordialmente en su tertulia habrían de referirme con detalles aquellas pericias humanas que les llevaron a ejercer con nobleza y seriedad la actividad comercial. Don Siro Gay, nacido en Medina del Campo, con don Jesús Rodríguez López; como antes Don Francisco Téllez, cacereño de la zona de Gata, podrían representar una larga relación en la que figuran sus lugares de origen: Palencia, Zamora,

Valladolid, Ávila cual quedó dicho. Los Íscar eran originarios de Matapozuelos en Valladolid; como Francisco Núñez, nacido en Adalias, también vallisoletano.

Cuando algunos escritores de pasados años refieren con orgullo que la Plaza de Toros de la Glorieta se construye a impulsos «doscientas» familias salmantinas, nuestra investigación nos lleva a saber que la mayor parte de aquellas familias estaban representadas por hombres nacidos en otras provincias, que vinieron a ser dependientes de comercio y, en la primera ocasión que se les presentara, comerciantes independizados.

Nadie ha parado mientes en una curiosidad singular: la presencia de una mujer entre los accionistas que construyen el coso. Fue Victoria Tato Fernández, mujer de comerciante y comerciante ella. Su marido, Antonio Tato Vega, había fallecido en enero de 1889. Victoria continuó con la «Sombrerería TATO», número 5 de la Plaza Mayor, local en el que actualmente está la Cafetería Ficus.

Como curiosidad que supongo aceptará de buen grado el lector, y como homenaje a la única accionista de la Plaza de Toros, diré brevemente la sencilla «historia» de ese local comercial.

Como el llamado Pabellón Real fue el primer lado de la Plaza Mayor construido, también es el primero en habilitar sus bajos para comercios y almacenes que venían a dar techo permanente al comercio eventual que se montaba al aire libre en la Plaza de San Martín. A finales del siglo XVIII en el número 5 hubo según referencia de prensa una almacén de granos al que sucede una tienda de quincalla y en los últimos años del reinado de Fernando VII, antes de 1833, uno de los primeros comerciantes de la inmigración, Cayetano Lurasqui, amplía y mejora una tienda de bisutería y juguetería. El ciudadano Lurasqui figura ya como residente en la «Plaza de la Constitución» (Plaza Mayor) en el «Censo de Electores del Partido Judicial de Salamanca, impreso en la Imprenta de Blanco y fechado el 20 de diciembre de 1839. Sin haber agotado la investigación diré que la tienda de Lurasqui debió ser la primera juguetería que se establece en la Plaza Mayor. Lurasqui, que había nacido en 1782, pocos años antes de la Revolución Francesa murió cuando iba a cumplir setenta años y su viuda, María Hernández continuó con el negocio unos años más. Cerró después y en 1880 son Antonio Tato y Victoria su mujer quienes abren una sombrerería. Viuda en 1889, Victoria, con su carácter emprendedor y sin temor a los comentarios acude como accionista para la construcción de la Plaza de Toros. Traspasa el local en 1904 a Gerardo Anta, que abre su Pañería «El Seis» Años más tarde llega Ridruejo con tejidos y más tarde Calzados Rey a quienes sucede la Cafetería Ficus actual, que abrió el 9 de abril de 1976. Esta disgresión debe ser entendida como recuerdo cordial a la mujer que fue accionista de la Plaza de Toros.

La institución más importante y diríamos gloriosa que tiene la ciudad, la Universidad, apenas tuvo presencia en el trascurso del siglo XIX, aparte de la intervención de destacados profesores de la misma tanto en las famosas Cortes de Cádiz que elaboraron la primera Constitución avanzada y liberal que tiene España, como la actividad muy personal de otros docentes en la primera mitad del pasado siglo.

Pero la Universidad reducida a una Institución doméstica, sin apenas alumnos que lleguen de otras provincias atraídos por las viejas glorias, verá incluso cómo se intenta privarla de dos de sus cuatro Facultades. Y, en efecto, las de Medicina y Ciencias pierden su carácter oficial y merced a los esfuerzos y sacrificios de corporaciones como Ayuntamiento y Diputación, perviven como Escuelas de Medicina y de Ciencias, impartiendo títulos que Madrid no se atreve a anular. Próximo a finalizar el siglo XIX, en 1893, una decisión del Gobierno Central pretende negar validez oficial a los títulos de licenciados en Medicina y Ciencias expedidos en Salamanca y justo es destacar el papel importantísimo que habrá de jugar la Cámara de Comercio, incluso el propio pueblo que sabe reaccionar públicamente manifestado en varias ocasiones su más enérgica protesta a los propósitos de Madrid.

A poco de iniciarse el siglo actual, ya rector don Miguel de Unamuno, será éste, secundario por autoridades y representaciones salmantinas quien gestione cerca del Conde de Romanones, a la sazón Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, el restablecimiento del carácter oficial de ambas Facultades y su sostenimiento económico por el Estado. Anécdota curiosa de aquellos años primeros del siglo fue el acuerdo del Ayuntamiento de dar el nombre de Calle del Conde Romanones a la de Libreros. Acuerdo en firme, incluso se colocan las placas con el nuevo nombre, pero el pueblo seguirá llamandola de Libreros a calle tan universitaria. Años más tarde el acuerdo municipal se olvida y las placas con el nuevo nombre desaparecen. Una gran lección popular que al paso de los años habrá de repetirse cuando, a causa de los vaivenes de la vida política, se cambien los nombres de varias calles.

En suma, cabe afirmar que la construcción de la Plaza de Toros supuso un auténtico despertar de la apatía, desgana o inoperancia que fueron norma en la vida pública salmantina de gran parte del pasado siglo. A partir de la construcción de la Plaza de Toros, alentada por el comercio, veremos cómo se inicia la presencia continuada y numerosa de comerciantes en el Concejo de la ciudad. La cámara de Comercio sirve como aglutinante y ya no habrá elecciones municipales en las que «el Comercio» presente sus candidatos y estos triunfen en las urnas. Casi al tiempo de la construcción del nuevo coso, el Ayuntamiento levanta un Matadero Municipal en la margen izquierda del Tormes. El Matadero reduce muchísimo los problemas de insalubridad en los viejos procedimientos de sacrificio y descuartizado de reses y canales y adopta también un modo de abastecer a carnicerías, mercados e incluso clientes particulares, con nuevas e importantes medidas y precauciones sanitarias. Fracasados los intentos en distintas ocasiones de que la ayuda privada respaldara un empréstito municipal para la creación de un moderno abastecimiento de agua y crear una red de alcantarillado que acabara con las esguebas y albercas a cielo abierto, los Ayuntamientos inician la creación de algunos servicios públicos importantes. Así el Mercado Central de Abastos, que también viene a eliminar el zoco moruno del viejo mercado en el que la higiene brillaba por su total ausencia; como la desaparición del mercado de la pesca y la recova, amén de verduras, en la Plazuela del Corrillo de la Yerba. El mercado central estaba terminado

en 1907, más no pudo entrar en servicio hasta 1909. La necesidad de un nuevo puente que viniera a descongestionar el romano, único existente, plantea también la construcción del que llamamos Puente Nuevo o de Enrique Estevan.

Por cierto, tenemos los salmantinos que agradecer y destacar la idea del nuevo puente, porque vino a impedir que Ayuntamiento y técnicos oficiales destruyeran el Puente Romano. Estuvo aprobado por el Ayuntamiento el proyecto y estudio realizado por el ingeniero don Gumersindo Canals que consistía en destruir los pretilos del puente romano, colocar vigas de hierro que a un lado y a otro salieran dos metros sobre el vacío; crear sobre esa especie de larga balconada los andenes para los peatones y dejar todo el centro del puente para el paso de carros y caballerías. Al puente romano se le dotaría de una bonita barandilla de hierro forjado que lo mismo podía fabricar Moneo que traerla de Bilbao o Barcelona. El nuevo puente, cuya construcción se prolongó once años, vino sin embargo a salvar un puente histórico que si destruido casi en su totalidad por distintas riadas, al menos se restauraba con cierta fidelidad a la traza original.

Una de las «doscientas familias» que adquieren las acciones para la construcción de la plaza de toros, es la familia de don Francisco Núñez Izquierdo. Su salmantinización obedece a otras causas que las esbozadas al relatar el proceso de inmigración de muchachos jóvenes que a Salamanca viene para ejercer la actividad comercial.

Francisco Núñez Izquierdo nació en Adalias el 9 de marzo de 1851. Adalias es un pueblo vallisoletano que más se identifica con la Tierra del Pan que con la del Vino. Próximo a la carretera nacional VI, entre Tordesillas y Benavente, queda a poco más de seis kilómetros de Mota del Marqués. Siendo muy joven, un niño casi, no viene a Salamanca sino a Peñaranda de Bracamonte, donde su padre el Dr. don Manuel María Núñez será médico titular. Otro hermano estudiará medicina en Salamanca, pero Francisco no muestra propósitos de hacer una carrera universitaria. Su padre descubre en el hijo una afición a las artes impresoras y a poco de establecerse en Peñaranda adquiere una modestísima imprenta que hacía poco fundada, atendía a las necesidades del comercio local con la impresión de facturas, cartas y libros contables. El doctor Núñez quiere que su hijo organice su propia industria de artes gráficas y envía al muchacho a Valladolid donde vivirá unos años trabajando como aprendiz en los famosos y tradicionales Talleres Santaren. De regreso en Peñaranda el pequeño taller no satisfacía sus deseos, quería montar una imprenta como la vallisoletana en la que había aprendido. Y de Peñaranda saltó a Salamanca. Con la ayuda paterna adquiere un amplio y destartado almacén que hay en el solar del que antaño fuera convento de Santa Rita.

El Convento de Santa Rita fue de Agustinos Recoletos, una orden que tuvo azacaneada vida en Salamanca. Primero abrieron casa en el Arrabal del Puente, en La Torrecilla y luego construyeron mejor convento junto al Hospital del Arrabal o de San Lázaro, muy próximo al viejo matadero que desaparecería hacia 1893 al construirse el nuevo. Pero la crecida de San Policarpo arrasó todas las estancias del con-

vento y, con la ayuda del Obispo, pasaron a ocupar unas casas en el arrabal de la Puerta de Zamora hasta que compraron viejas casas y solar frente al Hospital general (actualmente Colegio de las Siervas de San José en Marquesa de Almarza) y levantaron su convento, Convento de San Nicolás de Tolentino, que el vulgo bautizó, y así sería conocido, como de Santa Rita. El Convento, que quienes lo conocieron consideraron «construcción sencilla pero elegante», tuvo al parecer un bonito claustro embellecido por grandes murales pintados por el Agustino Fray Domingo Rodríguez. Medio abandonado al comenzar el XIX, sufrió el expolio generalizado en los años de la ocupación francesa y la Orden ya no pensó en restaurarlo. A mediados del pasado siglo prácticamente no existía y sobre su solar se levantaban pequeñas y humildes viviendas. Don Francisco Núñez adquiere todo el solar que fuera convento y aprovecha una nave que no había tenido destino concreto para convertirla en taller de Artes Gráficas. Un incendio que se produjo el 3 de agosto de 1918 destruyó prácticamente la nave, aunque se pudo evitar que las llamas hicieran mella en la maquinaria. Hubo que levantar un nuevo edificio que fue el que existió hasta mediados los años ochenta.

Don Francisco Núñez Izquierdo fallece el 11 de noviembre de 1931. Tenía ochenta años de edad. El 19 de septiembre de 1928, tres años antes de su muerte, está apartado de toda actividad. Su salud está quebrantada y desde hace algún tiempo ha dejado todos sus negocios en manos de sus hijos. El 19 de septiembre de 1928, inicia un breve relato de su vida en cuartillas en las que se escribe, ya con cierta dificultad pero perfectamente legible, una síntesis biográfica que ahora deja de ser inédita.

Dado que el propio empresario salmantinizado traza un perfecto guión de su actividad profesional, vamos a reproducir la parte que consideramos más esencias del relato:

« Como en la ocasión presente, además de mis muchos años me encuentro muy averiado de mis dolencias y no tendría nada de particular que en plazo breve acabaran con mi existencia me apresuro y me atrevo a redactar una cuantas notas de mi larga vida... dejo muchos amigos por las dos únicas virtudes que tuve toda mi vida, que fueron mi carácter bondadoso y mi constante tolerancia con las personas y las ideas de los demás; virtudes que me han ayudado muchísimo para luchar en la vida con admirable resultado. Por lo demás he de hacer constar que he sido un hombre como la mayoría de los demás, ni mejor ni peor.

Deja luego redactada su esquila de defunción y sigue:

« Y ahora allá van unas cuantas notas sobre mi vida política y social. Hasta hace muy pocos años que me retiré por completo por mis años y mis achaques, siempre contribuí con mi granito de arena en todos cuantos asuntos se desarrollaban en la ciudad salmantina, como lo prueban y demuestran los cargos que ejercí y de los después haré mención.

Pero hay un hecho en mi vida social que más me enorgullece y satisface, que con más orgullo ostento. Se trata del siguiente hecho: Siendo presidente de la Cámara de Comercio se me

ocurrió la idea un día de tratar de organizar y pedir a los poderes públicos que en aquel entonces estaban formando los presupuestos, de pedir al Gobierno que declarara oficiales las Facultades de Medicina y Ciencias de nuestra Universidad.

A tal objeto y para darle forma consulté con diferentes elementos políticos de la ciudad y no encontré apoyo alguno porque lo conceptuaron un pensamiento descabellado. Encariñado con tal idea comencé los trabajos de organización procurando nombrar comisiones de todas las fuerzas vivas de la ciudad y después de grandes trabajos conseguí tal propósito, haciendo un viaje a Madrid con tal objeto y organizando allí los trabajos para conseguir nuestra razonada pretensión.

Después de nuestro primer viaje en el que no encontramos gran apoyo en cuantos elementos políticos y sociales acudimos y sin haber conseguido nuestro objetivo, volvimos en otras dos ocasiones y después de una labor constante y de un trabajo sin igual, al fin conseguimos nuestros deseos y nuestros propósitos y en aquellos presupuestos a última hora se declararon oficiales las facultades de Medicina y Ciencias.»

Añade luego que este triunfo no habría sido posible sin la ayuda tardía pero eficaz de tantas fuerzas vivas. Y remacha: «...porque me envanezco de ello, el iniciador de esta idea fue éste pobre mortal y para atestiguarlo ahí están algunas personalidades, entre ellas mi entrañable amigo y varón justo don Filiberto Villalobos, presidente entonces de los estudiantes de Salamanca».

«Y ahora unas cuantas líneas sobre mi vida política y social. Desde muy joven milité en el partido republicano castelarino. Como tal fui elegido concejal en tres elecciones ocupando siempre el primer lugar. Fui elegido segundo teniente alcalde y no lo fui dos años antes por negarme a votarme a mi mismo, pues necesitaba trece votos...» «... fui concejal por espacio de trece años; mi labor, buena o mala, en las actas del Ayuntamiento consta.

Como presidente de la Cámara de Comercio, cargo que ostenté también por espacio de trece años, asistí a aquella célebre Asamblea de Zaragoza en la que se reunieron todas las Cámaras de Comercio de España. Me acompañó en aquella ocasión mi distinguido y querido amigo don Jacinto Orellana y Avecia, marqués de Albaida. Después formé parte de «Unión Nacional» que tanto dio que hacer, en compraña de don Joaquín Costa, don Basilio Paraíso, don Santiago Alba, el Marqués de Palomares de Duero y otras personalidades, por cuya actuación fui procesado con otros compañeros en un juzgado de Madrid y posteriormente absuelto.

He sido por espacio de casi treinta años consejero de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de esta ciudad y sigo siéndolo en la actualidad. Con motivo de la primera visita que hizo a Salamanca el rey don Alfonso XIII (1904) y como presidente de la Cámara de Comercio fui nombrado con fecha 16 de enero de 1905, Comendador de la Real Orden de Isabel la Católica, distinción que abandoné por no abonar los derechos y gastos anejos a tal distinción.

Me casé en Salamanca el 20 de junio de 1874, con doña Camila Alegría Vicente (q.e.p.d.). Me establecí como impresor el año 1875, muy modestamente, en un local reducido instalado donde hoy se hallan los talleres de «El Adelanto». Poco a poco fui teniendo más trabajo y amplié la industria. El 1878 establecí la primera agencia de pompas fúnebres, que dejé por completo hace tres años después de darme buen resultado económico. En compañía de Felipe Peramato, Adrián Carmona, Rafael Brizuela y Martín Santos fui empresario de los Teatros del Liceo y del Hospital (Bretón) por espacio de varios años y aunque no hicimos gran negocio, tampoco perdimos en él.

Tomé parte de la Sociedad para explotación del Café Suizo que tomamos en traspaso con José Santos, José Laca y Claudio Ramos y tuvimos algunas utilidades. El año 1912 tomé en traspaso el Hotel del Comercio y dos años después el Terminus que nos proporcionó algunas utilidades, para traspasarlo después a los encargados que teníamos en 1919, que si ganaron mucho pues terminada la guerra europea se intensificó el turismo. Poco después compraba al Sr. Motta el edificio del hotel del Comercio que actualmente es propiedad de mis cinco hijos.»

Terminó don Francisco Núñez Izquierdo la breve exposición de su actividad mercantil, industrial y pública, refiriéndose a la adquisición de la propiedad del periódico «El Adelanto», señalando como anécdota curiosa que en los 44 años - dice - que ha tenido de vida el periódico hasta es fecha, no ha sufrido ni un proceso ni una multa gubernativa si se exceptúa una impuesta por el Gobernador Civil siendo director don Eduardo Muñoz García y que se pagó por suscripción voluntaria entre los salmantinos, a cinco céntimos de aportación individual.

Terminó refiriéndose a la adquisición por traspaso de la Librería de don Vicente Oliva, en año 1900.

La «Librería Núñez» en la Rúa Mayor, es sin duda el establecimiento de esta modalidad más antiguo de Salamanca; una veteranía que se remonta a finales del siglo XVIII, Don Vicente Oliva, que traspasa el establecimiento al señor Núñez Izquierdo, la había recibido en herencia de su padre, don Telesforo, que a su vez, al establecerse en Salamanca procedente de Béjar, su población natal, adquirió la librería, también imprenta, al padre de Mariano Alegría, como se hace constar en el libro: «verdadera relación y manifiesto apologético de la antigüedad de Las Batuecas y su descubrimiento», por el Dr. Tomás González de Manuel, presbítero del lugar de La Alberca», libro en cuya segunda edición en 1797, se hace constar que «se hallará en la Librería de Alegría».

Mariano Alegría hijo, continuador de las «Memorias» iniciadas por don Joaquín Encinas de los Arcos Zahonero en 1796 no siguió la tradición impresora y librera. La hija de un hermano, a la que adoptaría siendo muy niña por muerte de sus padres fue Doña Camila Alegría, esposa de don Francisco Núñez Izquierdo.

Don Francisco Núñez Izquierdo es una figura de la vida salmantina de finales del XIX y primer tercio del XX en la que podemos ver felizmente representados a los miembros de toda una generación de comerciantes e industriales que llegados

de otras provincias españolas aquí arraigan, dan un fuerte impulso al comercio principalmente, crean una discreta industria auxiliar, nunca de gran volumen y contribuyen en buena medida a bocetar la Salamanca del siglo XX. Estos maquetos o metecos, parecen olvidar muy pronto «sus raíces» y no por desdén. En varios casos pudimos advertir de sus propios labios, ya con la experiencia de la ancianidad a cuestas, cómo el recuerdo de la infancia dementaba en ellos palabras de afecto, de cariño, en evocaciones ejemplares de tan lejanos tiempos. Sucedió que se identificaron muy pronto con la ciudad. Unos, los más al llegar aquí muy jóvenes, mozalbetes más bien, formaron su hogar y se unieron a jóvenes salmantinas. El estudio o curioso de este aspecto social de la vida salmantina puede encontrar la perfecta justificación de aquellas circunstancias, examinando los padrones municipales, por ejemplo, en los que figura la naturaleza de los censados. Cabezas de familia, varones, llegados de fuera y sus esposas, naturales de esta ciudad y en no pocos casos hijas de otros industriales y comerciantes que en Salamanca se habían instalado a mediados del pasado siglo.

Fueron unas circunstancias que se extienden a la vida universitaria, en menor número pero no más reducida proporción. Baste citar el caso de don Miguel de Unamuno, que llega a Salamanca en 1891, su primera cátedra universitaria y que desde su primera etapa de residencia se siente atraído y hasta cautivado por el ambiente «físico» más bien, de este «poblachón» que carece de casi todas las comodidades en servicios públicos. Tal vez en este hecho podamos encontrar la decidida participación de los comerciantes llegados de fuera, en la vida municipal salmantina. Encontramos corporaciones municipales cuyos componentes son en un alto porcentaje comerciantes e industriales llegados de fuera. Hombres que, en la mayor parte de los casos, se afanan por plantear necesidades colectivas y sociales y luchan generalmente sin éxito en un ambiente presionado por la pobreza, la incapacidad económica y hasta la falta de imaginación que caracterizó a los núcleos urbanos de provincias en la dura y larga etapa de la pérdida de las colonias, el endeudamiento del Estado provocado por guerras fatalmente perdidas en Ultramar, las cortas miras de gobiernos conservadores y contribuciones que pudieran perjudicar a los poderosos.

Esas circunstancias no están ajenas a la peculiar composición de las corporaciones locales de finales de siglo, que ofrecen un porcentaje notorio de concejales de filiación republicana, cuando el país parecía vivir la seguridad y confianza que traía la Restauración de los Borbones tras del ensayo borrascoso de la I República. Todo apunta a que ese republicanismo de tantas corporaciones municipales no estuvo motivado por la nostalgia, el recuerdo de aquel fugaz ensayo político de la república, sino por el convencimiento de muchos inquietos hombres de que eran precisas ciertas medidas radicales nada cruentas para acabar con el marasmo, la abulia y la resignación de una sociedad que sólo confiaba en la Divina Providencia.

Hay un curioso detalle que viene a confirmar esas reflexiones. La sociedad netamente salmantina, vivía a mediados del XIX la aventura de crear una burguesía

agrícola que se veía impulsada o apoyada en las consecuencias de la Desamortización. La escasa representación social de una vieja aristocracia emigra, marcha a residir en Madrid y a lo sumo su campo salmantino es disfrute veraniego. Esa sociedad de fuertes raíces salmantinas ha perdido valedores en el campo intelectual, universitario, al hundirse prácticamente la Universidad y quedar reducida a sencillos colegios superiores. No hay aristócratas y las familias más pudientes consideran que la práctica del comercio y de la industria más bien artesanal, no es oficio que les dignifique. Es cosa de parias y de horteras. De ahí que veamos una confirmación nominal muy cierta en las corporaciones locales y provinciales.

La Diputación Provincial pasa a ser feudo de las familias tradicionales. Posiblemente ser diputado provincial sea el sueño que no pocas madres se plantean íntimamente para sus hijos varones, mientras que el Ayuntamiento es cosa para gentes más populares.

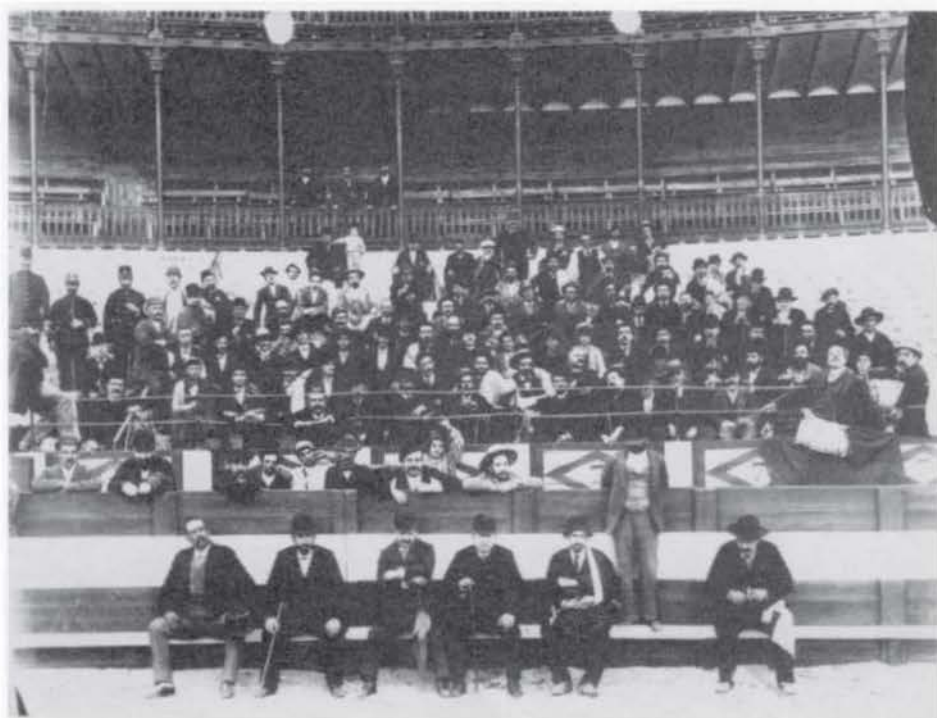
Fijemos la atención en la composición de un Ayuntamiento salmantino de finales de pasado siglo. El que resulta elegido en las lecciones del 10 de mayo de 1.892. Los salmantinos llevan a la Casa Grande, a nueve candidatos republicanos, dos católicos, un fusionista (liberal) y un independiente y cuando el Ayuntamiento se constituye, sus 24 miembros ofrecen estas adscripciones políticas: 12 republicanos, 4 fusionistas, otros tantos conservadores, 2 católicos y dos independientes. Los republicanos no proponen un alcalde de su partido, sino que otorgan su confianza a un independiente que es comerciante ultramarinos: Matías Prieto Lobato.

Quien examine detenidamente la filiación política de los candidatos a concejal en la mayor parte de las elecciones celebradas en el último tercio del pasado siglo, verá que una de las candidaturas más numerosa es la «Del Comercio». Y fueron candidatos «Del Comercio», profesores universitarios como don Luis Rodríguez Miguel, don Salvador Cuesta Martín, don Enrique Gil Robles. El cenit del republicanismo municipal en Salamanca se alcanza en el Ayuntamiento que se construye el 1 de enero de 1894, presidido por un funcionario, viejo luchador liberal dinástico, don Ricardo Torrija y Madero. Ese Ayuntamiento suma 13 concejales republicanos, frente a una coalición de diez monárquicos e independientes.

Don Francisco Núñez Izquierdo, como él mismo confiesa en sus propios trazos biográficos, fue siempre concejal republicano y apasionado admirador de Emilio Castelar. En el concejo tuvo piedra de toque interesante, que le proporcionó no pocos elogios de personalidades de la vida política e intelectual españolas. Fue con ocasión de los actos del centenario del descubrimiento de América, cuando siendo primer teniente de alcalde, tuvo que asumir la responsabilidad de alcalde por hallarse vacante el cargo. Tuvo que hacer los honores ante las nutridas representaciones españolas y de la América hispana, que acudieron a Salamanca. Sus intervenciones en los actos de la conmemoración tuvieron señalado eco en palabras y juicios siempre elogiosos de los ilustres visitantes. Pero si, como él mismo confiesa, lo más importante en cuanto su vida política y social en Salamanca había sido su intervención para que el gobierno central devolviera la titularidad oficial a las

facultades de medicina y Ciencias, quizá donde riñó denodadamente más batallas fue en el campo del Comercio y de la Economía, cuando como presidente de la Cámara de Comercio intervino en distintos congresos y reuniones, al lado de Basilio Paraíso, Santiago Alba y, siguiendo el ejemplo de Joaquín Costa, planteaba la necesidad de extender a toda España y con preferencia a las regiones más deprimidas, los favores, privilegios y ayudas que el poder central venía otorgando a Cataluña y Vizcaya.

He aquí, un ligero y atropellado esbozo de lo que para Salamanca representó la tarea de hombres representativos de su comercio y pequeña industria; en su mayor parte, hombres que llegaron de otras provincias españolas, que aquí enraizaron y se salmantinizaron totalmente. Justo es destacar estas circunstancias que por ser históricas, no deben olvidarse ni relegarse a oscuros planos.



La «histórica» fotografía de las «doscientas familias» que construyeron la Plaza de Toros, viene aquí como testimonio de la importancia decisiva que tuvieron los comerciantes y pequeños industriales salmantinos, muchos de ellos que aquí vieron de otras provincias para «labrarse» un porvenir.

Mariano Alegría, personaje notable y notario en la Salamanca de mediados del XIX. Hijos de librero e impresor comerciante en curtidos, intelectual autodidacta, continuador de las «Memorias de Salamanca» que iniciara al morir el siglo XVIII, Joaquín Encinas de los Arcos Zahonero; manuscrito que se conserva en la Biblioteca universitaria. Mariano Alegría, adoptó siendo muy niña a Camila Alegría, hija de un hermano, que sería al paso de los años la esposa del polifacético industrial y comerciante don Francisco Núñez Izquierdo, fundador y propietario de «El Adelanto».



Don Francisco Núñez Izquierdo con sus hijos, en una fotografía de viuda de Oliván, a finales del pasado siglo.